

**A DEL LENGUAJE
ENSE**

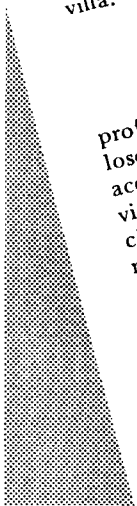
ABELARDO BONILLA

En el principio era el verbo.

Evangelio de San Juan

La lengua es el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar. En los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva. De antiguo los hombres rindieron adoración al VERBO, viendo en el lenguaje la más divina maravilla.

Miguel de Unamuno



El lenguaje es el último y el más profundo problema del pensamiento filosófico. Esto es verdad, sea que nos acerquemos a la realidad a través de la vida o a través del intelecto y de la ciencia. Toda vida, a fin de cuentas, el problema, supone, a fin de cuentas, el problema de nuestro lenguaje, medio por el cual nos comunicamos. La vida meramente vivida no tiene sentido. Quizá pueda concebirse que somos capaces de aprehender o intuir directamente la vida, pero su sentido no puede aprehenderse ni expresarse sino en lenguaje, sea cual fuere. Tal expresión o comunicación es parte del proceso vital mismo.

W. M. Urban

INTRODUCCION

La nueva estilística cuenta ya con medio siglo de vida, con valores definitivos en las principales lenguas, como los de Vossler, Spitzer, Devoto, Amado y Dámaso Alonso, Curtius, Hatzfeld, Spoerri, Marouzeau, Bachelard, Leo y otros, y con más de dos mil obras, únicamente en lo que se refiere a literaturas románicas¹. A pesar de este progreso, en cierta forma espectacular si se toma en cuenta el escaso tiempo en que se ha producido, esta atrayente disciplina no ha encontrado aún eco en Costa Rica, si exceptuamos algunos pequeños trabajos iniciales y aislados, sin carácter profesional². Nuestro propósito en este ensayo es ante todo, contribuir al mejor conocimiento y comprensión de nuestro pueblo y de nuestro sentido de la vida, y, además, iniciar o abrir una brecha en este fecundo campo de investigación, proponiendo con ello una nueva dimensión en los estudios críticos sobre nuestra producción literaria, en espera de que este empeño sea el punto de partida de trabajos más completos y especializados sobre las obras de algunos de los escritores que aquí nos han servido de fundamento.

Un trabajo de iniciación, como es éste, tiene necesariamente que ser general, de introducción, y por ello, prescindiendo de investigaciones concretas —que son las más propias de la estilística— nos proponemos estudiar el lenguaje costarricense, analizando sus características propias y distintas, para deducir de ellas los rasgos esenciales del carácter y modo de ser del hombre de nuestro país. O, si se quiere, para identificar este modo de ser —histórico y actual— con nuestra expresión lingüística, entendiendo, como lo veremos más adelante, que tal expresión comprende tanto las formas literarias como el habla coloquial.



La primera cuestión que debemos dilucidar es si el plan y los propósitos de esta empresa son posibles y legítimos dentro de las normas de la estilística. Examinemos este punto.

Está fuera de toda duda la afirmación de que una literatura es el mejor espejo de una nación y de una cultura: “El documento más revelador del alma de un pueblo es su literatura” —dice Spitzer³— “y dado que esta última no es otra cosa más que su idioma, tal como lo han escrito sus mejores hablistas, ¿no podemos abrigar fundadas esperanzas de llegar a comprender el espíritu de una nación en el lenguaje de las obras señeras de su literatura?”. La estilística estudia la objetivación literaria de la energía creadora, o —como lo llama Amado Alonso— el sistema expresivo de un autor o de una obra, entendiendo por sistema expresivo la estructura de la obra y el poder sugestivo de las palabras. Pero es evidente que si admitimos esta definición, necesariamente hemos de admitir también su lógica extensión a un conjunto de autores y de obras dentro de la misma lengua, a condición de que se hayan producido entre límites geográficos y temporales determinados. En efecto, lo mismo en la antigua concepción del lenguaje —copia de la realidad— que en la concepción moderna —representación simbólica de la realidad—; lo mismo dentro de la antigua doctrina fisiológica, que dentro de la fenomenológica moderna; la extensión y los límites del lenguaje constituyen por igual los límites del mundo, o de la concepción del mundo, tanto del individuo como de la nación.

No deseamos la distinción que hace Ferdinand de Saussure entre langue y parole: lengua como sistema o conjunto de carácter social; habla como el uso individual y original del lenguaje. Pero creemos que la diferencia entre lo literario y el habla coloquial es menos honda de lo que se supone, y pensamos, con Alfonso Reyes, que todo hablante procede literariamente. Por estas razones, nuestro análisis abarcará indistintamente la obra de nuestros escritores y la de nuestro pueblo⁴, ya que ambas manifestaciones integran plenamente nuestra lengua nacional.

Los fines ya expuestos del análisis nos obligarán a separarnos un poco de los métodos ortodoxos de la estilística, tal como se emplean más usualmente. Nos empeñaremos en buscar formas de expresión hablada de nuestra cultura nacional, fuera de cualquier sistema de gramática, y en unir las a sus razones históricas y psicológicas: lo que podríamos llamar una idiomatología costarricense. Contamos en este proyecto con antecedentes y con la autoridad de obras tan sólidas como la de Roberts⁵, la de Lagden⁶, la de Merryman⁷, y otras.

Entre las que llamamos razones históricas —vale decir, causas de origen material— situamos en primer lugar la del arraigo a la tierra, propio de nuestro pueblo, que estudiaremos especialmente y en primer lugar, ya que de él derivan directamente muchos importantes aspectos estilísticos. Hasta donde ello es posible y conveniente aplicaremos en nuestro estudio las profundas observaciones psicoanalíticas de Bachelard⁸ sobre la imaginación de la materia y la interpretación de los mitos y de los rasgos estilísticos, sobre todo en la apreciación de las comparaciones y metáforas.

Es interesante constatar, como lo haremos oportunamente, que tanto en los escritores como en los hablantes costarricenses, de la naturaleza está presente ante todo la tierra como elemento físico constante y, diríamos, palpable; en menor escala lo está el agua y, con excepción de algunos pocos poetas, están ausentes el aire y el fuego.

Estudiaremos en segundo lugar la presencia, los matices y la significación en nuestro lenguaje del espacio y del tiempo —con preponderancia del primero sobre el segundo— sobre todo en cuanto concuerdan con las formas verbales, las figuras y modismos más corrientes entre nosotros.

Especial cuidado dedicaremos al análisis de los elementos afectivos, análisis esencial en todo tratamiento estilístico, pobres ciertamente en el lenguaje de nuestra comunidad a pesar de que se nos llama ticos. Esta fase del estudio nos conducirá a determinar las principales características de nuestra producción literaria⁹ como son, entre otras, las siguientes: afirmación de la realidad empírica, objetividad, predominio de la inteligencia sobre las vivencias y experiencias sensoriales, tendencia a lo plástico espacial antes que a lo lírico temporal.



Y tanto en lo literario como en lo coloquial estudiaremos también los asuntos y motivos más corrientes, para determinar y explicar, como complemento de todo lo anterior, los giros y rasgos más propios y acentuados de nuestra expresión: preferencia por las construcciones verbales pasivas sobre las activas; tendencia hacia lo sintético y hacia la expresión de vivencias indiferenciadas; abundancia de construcciones nominales; empleo de formas perifrásticas indirectas para esfumar los perfiles del concepto y de su forma expresiva.

Observaremos, por otra parte, cómo en las formas gramaticales, en los rasgos estilísticos y en las reacciones anímicas de nuestros hablantes, se aprecia el recio individualismo telúrico del costarricense, lo mismo en el sentido peyorativo que suele dar a los sustantivos colectivos, que en la tendencia a la ironía, hoy degenerada en lo que se llama el choteo, y en el uso de exageradas expresiones enfáticas del habla popular.

Expuesto el plan, iniciamos su desarrollo en capítulos separados.

LO EXTERNO: ENFRENTAMIENTO CON LA NATURALEZA

La tierra y su influencia

La mayor influencia que determina las modalidades propias de nuestro lenguaje es la de la tierra, influencia que puede compararse a una at-

mósfera o, mejor aún, a una pesantez. La fuerza de la tierra, de sus motivos y de sus imágenes, por ser autosuficiente, elimina en buena parte los temas de orden espiritual o abstracto y esta circunstancia, entre otras, puede explicar la escasa vocación lírica del costarricense y su religiosidad superficial, visiblemente limitada al acatamiento de los ritos y fórmulas, es decir, a lo externo.

Las condiciones de pobreza y aislamiento de nuestra provincia durante la colonia se han proyectado hasta hoy en sus efectos formadores y psicológicos. Fue Costa Rica la porción más pequeña, pobre y olvidada del imperio español y en ella el hombre tuvo que enfrentarse aislado a la vida, ligada exclusivamente a la tierra. No vivimos la vida urbana sino tardíamente y los historiadores han aceptado sin reservas la tesis de que la índole de nuestra comunidad —a diferencia de otras naciones americanas— no proviene del conquistador ni del indio sino del colono español, agricultor por necesidad. La miseria colonial es un tópico en las viejas crónicas, pero de incalculable interés resulta el espíritu de lo que en ellas se revela. “Esta Provincia, Señor, se halla en tan miserable estado, que tal vez no tiene igual en toda la monarquía”, dice el gobernador D. Tomás de Acosta en un informe del siglo dieciocho, y otros informes, que por cierto no exageran la nota, nos dicen que muchas gentes no tenían otro traje que el que les proporcionaba “la corteza de los árboles”.

Esta tremenda lucha por la subsistencia, de garra que se prende desesperada en el bosque y en la gleba, fijó uno de los matices más pronunciados del carácter costarricense: la mentalidad campesina y lo que, en conjunto, se ha llamado democracia rural. Es necesario tomar en cuenta, además, que a estas condiciones debe sumarse el aislamiento que vivió la colonia en relación con la cultura de España y la de otros grandes centros hispanoamericanos.

El campo ha hecho prevalecer en nuestra concepción del mundo el predominio del espacio abierto sobre el del tiempo y, consecuentemente, una mentalidad de molde geométrico y de tipo lógico. En la producción literaria y artística se refleja lo anterior en una actitud de “acabamiento”, de la que está ausente la infinitud¹⁰.



En resumen, anotamos con carácter previo, una función sustantiva de la tierra y del espacio visualmente contemplados, y una función puramente adjetiva del agua, del aire y del tiempo. Detallaremos este punto de partida.

El paisaje y el espacio

La nota esencial que se destaca en las descripciones de los escritores costarricenses es la objetividad, el desarrollo concreto del motivo natural, pero no la comunión con la naturaleza, no la unidad de ésta con el tema, que pertenece a la esfera espiritual. El escritor no se entrega a la esencia de las cosas. Las únicas excepciones que haríamos a lo anterior, como oportunamente lo veremos, se limitarían a algunas obras de dos poetas: Roberto Brenes Mesén y Julián Marchena. En los demás casos, incluida la poesía lírica, los escritores van más allá de la experiencia sensorial, pero es la inteligencia la que realiza y concibe las imágenes.

Vamos a citar algunos ejemplos de escritores de muy distintas épocas y condiciones¹¹, con la advertencia que notará el lector de que en las descripciones en que predomina el espacio privan consecuentemente los verbos de movimiento.

Ejemplos de espacio y movimiento abstractos:

**Toda la noche vi rodar en círculos concéntricos a la Carmen
Fernández.**

Argüello Mora

Corriamos en tropel saltando de gozo.

Magón

De movimiento y espacio concretos:

Los corredores del Instituto Nacional, antigua Universidad de Santo Tomás, apenas si podían contener el numerosísimo concurso que en estrecha apretazón principió a llenarlos desde las once de la mañana.

Magón

Llena, de bote en bote, estaba la Gallera Municipal establecida en una destartalada casucha, a cincuenta varas al oeste del patio de las Diligencias.

Magón

De espacio natural:

Las sombras de la noche cubrían montañas y llanuras. La concavidad gris azul del cielo recamábase poco a poco de estrellas que aparecían, ora fulgurando tenuemente, ora resplandeciendo deslumbradoras.

C. González Rucavado

De espacio abstracto histórico:

Entonces (los costarricenses) construyeron puentes y caminos, levantaron edificios públicos, tendieron hilos telegráficos, fundaron escuelas y colegios y ensancharon los servicios nacionales.

M. de J. Jiménez

La calle real, desde el cementerio hasta la iglesia de Los Angeles, estaba profusamente adornada con doble línea de cañas bravas matizadas con mirto y uruca; pendían de puertas, ventanas y paredes, vis-



tosos cortinajes, palmas y flores, y por todas partes flotaban en alegres gallardetes y banderas, los simbólicos colores de la Patria.

M. de J. Jiménez

De paisaje lírico:

El aire en sus alas frescas
vida y salud esparcía,
e iba alegre repartiendo
a las lindas cartaguitas
claveles para las bocas,
rosas para las mejillas.
Allá lejos el volcán
como un gigante se erguía,
orgullosa de mirar
la ciudad casi dormida
recostada en su regazo,
como perezosa niña.

Aquileo Echeverría

Ven a contemplar las naves
el lago cruzar ligeras,
dejando tras sí brillantes
mil caprichosas estelas.

Aquileo Echeverría

De espacio en las costumbres:

Con dos “cuetones” anuncian
la salida de la iglesia.
Delante va el padre cura,
sigue el alcalde Ledesma,

ñor Vindas el curandero
y luego el “mestro” de escuela.

Aquileo Echeverría

De paisaje regional guanacasteco:

Los senderos que conducían hacia las casas cruzaban los altos jaraguales donde pastaban las vacas que se “rejeaban” a la sazón. En las mañanas, pastaban en las inmediaciones de los corrales con la mansedumbre de las reses que no tienen que buscarse su alimento, gracias a la tierra pródiga y fecunda que se brinda en gruesas gavillas de forraje que mece el viento en perezoso oleaje verdeante.

Edelmira González

La noche tibia, profunda,
y dos jinetes pamperos;
la noche tendida encima
de la llanura sin término,
cruzada por dos jinetes
a trote largo y grosero.

Arturo Agüero

Estos ejemplos podrían multiplicarse a voluntad porque llenan toda nuestra producción literaria. Nos interesa más consignar otros aspectos del estilo verbal derivado del predominio del espacio.

Serie de verbos y oraciones acumuladas

Aunque en la literatura de los últimos años se prescinde en buena parte de este aspecto, en la de comienzos del siglo es muy corriente apreciar el efecto del estilo verbal que proviene de la concepción espacial del costarricense. Veámoslo en algunos ejemplos que obedecen al mismo crite-



rio de los anteriores, es decir, que sólo son muestras de hechos muy corrientes.

Los desacordes del Invito, los bufidos del bajo, los chirridos del violín, el “puntiao” de la guitarra, los ronquidos del acordeón, las agudísimas notas del pistón, el rastrilleo de las patas descalzas en los ladrillos, el humo de las candelas y el vaho almizclado de las parejas, llenaban la sala, atronaban la casa, alborotaban al vecindario, incitaban a los mirones, coloreaban las arrugas de ñor Cuerdillas y hacían temblar entre su camarín de hoja de lata al arcángel San Gabriel y a su corte de monigotes de china y barro.

Magón

Igual acumulación oracional y verbal hay en estos ejemplos:

Poco después había ya terminado la fiesta. Desaparecieron las señoras y señoritas arrebuajadas en sendos mantos de lana; en pos de ellas se fueron cabizbajos los galanes; desfilaron taciturnos los jugadores; ausentáronse los músicos; marchitáronse las flores y apagáronse las luces, para que la oscuridad y el silencio de súbito testificasen allí la rapidez con que discurren en la vida los instantes felices.

M. de J. Jiménez

Ya con el permiso vistióse el jefe su cotona, caló el vicuña, prendió al cinto la espada, calzó largas espuelas, tomó el poncho, montó la mula. . . y a Tres Rfos como cualquier hijo de vecino.

Argüello Mora

Se llega muchas veces en estos efectos a intensificar aún más la acumulación y el dinamismo de la frase prescindiendo del verbo:

Afuera, luz brillante, cielo despejado, viento loco desgarrando las pocas nubes fugitivas.

C. González Rucavado

Madre e hija. Ambas con criaturas de tamaños diversos. Siete son éstas. Tal parecen los más chicos: zorrillos de agua. Y otra mujer arrimada que llegó ha poco, también con una criatura.

J. Carcía Monge

La presencia del tiempo

Un estudio de la totalidad de nuestra literatura nos revela que hasta 1940, aproximadamente, el tiempo contaba muy poco como motivo o elemento subjetivo de nuestras letras. En los últimos años, sin embargo, la presencia del tiempo ha venido creciendo, sin dominar ni eclipsar la del espacio. Más aún: en algunos escritores contemporáneos, y en la mentalidad de muchos costarricenses, el tiempo se manifiesta únicamente con un efecto retroactivo que mantiene un clima de época, de una quimérica época patriarcal. Pero es evidente que la vida urbana, la mayor cultura general y la meditación sobre los grandes problemas del mundo han originado la introversión y el subjetivismo.

Incluiremos algunos ejemplos —que en este caso serán principalmente de poetas y de escritores vivos— para apreciar principalmente el cambio de estilo y el empleo de los verbos de reposo, típicos de este tema:



Cuántas veces hemos querido poner nuestra inquietud, como una paja, entre la cuerda de los relojes, y detenerlos, para hacer vivir un momento más una hora de alegría o para impedir que llegue una hora de dolor. Pero ellos, superiores a nuestras impresiones, indiferentes a nuestro pobre vivir que se alimenta de tan pequeños motivos, marchan y marchan con la solemne gravedad de las cosas sin alma que está pregonando el triunfo del alma de las cosas.

J. Albertazzi Avendaño

Los años —¿pocos? ¿muchos?— que me resta
vivir, ¿serán de pena o de alegría?
Mejor no despertar la fantasía
pues antes que pregunta soy respuesta.

Sobre mi corazón se manifiesta,
a pesar de su franca lozanía,
un aire vago de melancolía
como de sala donde hubo fiesta.

Fue corto el trecho y me parece largo
acaso por la sombra y por el frío;
tuve un amor efímero y amargo,
y desde entonces casi no sonrío. . .
Se va mi juventud y, sin embargo,
por nada cambio este dolor tan mío.

Julián Marchena

Se llega hasta suprimir los verbos para dar la sensación de quietud:

De ayer a hoy:
espejos de mis días

de lunas agrandadas,
sin marco, hacia la vida.

¿El ayer? ¿Un ayer?
¿Un hoy? Corrientes limpias
entre sauzales verdes
con incansables brisas.

Señor de lo que vive
sin muerte, en la infinita
gracia de posesión
en vida y en poesía.
El mañana, no ha sido
—si flor, si melodía—,
sueño es tan sólo
en esta hora infinita.

Carlos Luis Sáenz

Ejemplos del tiempo en el recuerdo:

Eso es todo lo que ahora puedo recordar de estos lejanos antecedentes. ¡Cosa terrible en verdad cómo pueden el tiempo y su aliado el olvido tragarse los linajes sin dejar trazo! Pues si se considera cuán pocas y escasas son las noticias que mi memoria y el manoseo de papeles viejos me han dejado de aquellos mis parientes, ya puede calcularse lo que las demás gentes sabrán de ellos y de otros sujetos que en un tiempo formaron en las primeras filas de la sociedad costarricense.

Mario Sancho

El recuerdo del terremoto le trajo nuevamente la visión de su ciudad natal, la ciudad muerta. La que tantas veces retornó a su memoria al evocar los lejanos días de su infancia, de una edad que nunca concretaba claramente y que se unía siempre a la vieja ciudad colonial y al terremoto. Una edad en que lo quimérico era lo natural, quizá porque su infancia no tuvo otra realidad palpable.

A. Bonilla



Pero —insistimos— son casos excepcionales y contemporáneos.

El lenguaje coloquial

Ya hemos expresado la opinión de que no es mucha la diferencia que existe entre el lenguaje hablado y el literario. Observamos en nuestra literatura que en este último abundan las comparaciones e imágenes, pero no las metáforas puras, que nunca encuentran campo en el lenguaje coloquial puesto que corresponden al orden poético.

En la lengua familiar costarricense encontramos muchas figuras y expresiones derivadas del arraigo a la tierra, del predominio del espacio y del imperativo de los verbos de movimiento.

No es esta la oportunidad de profundizar en las relaciones de la tierra con la expresión viva del habla popular costarricense. De paso, y como un simple ejemplo, señalamos que son muchos los dichos y las imágenes que derivan únicamente del cultivo del maíz, como los siguientes:

Lo cogieron asando elotes.
Como grano de maíz perdido.
Se desgranó la mazorca.

Es el olote de la casa.
La tusa con que se rasca.
Le llovió en la milpa.
No hizo ni para el maíz del año.

Se trata de figuras limpias de todo adorno retórico, pero elocuentes, precisamente por su recio origen. En los ejemplos de movimiento que anotamos a continuación, se han copiado formas estrictamente orales y populares, y, en menor grado, algunas en que los escritores costumbristas han imitado las expresiones vulgares:

Se hizo un chorro de humo.
Salió como un cachiflín.
Le zafó el bulto a la obligación.
Salió como semilla de guaba.

Sacó las patas de la cobija y se le van a infriar.

Magón

Arrelen a un zapatiao.

Magón

Vio el chispero.
Volar caite.
Amarrarse los pantalones.
Lo dejó a medio palo.
Se arrodajó.
Mirame la seña.

No tiene rabo que majarle.

Más pizpireta que ternera de año.

Magón

Anda al tanteo.

Magón

LO INTERNO: EL AISLAMIENTO INDIVIDUALISTA

Otro efecto de la colonia

Las condiciones de pobreza y aislamiento que ya señalamos en el período colonial determinaron también un fuerte individualismo que empa-



pa las manifestaciones literarias y la idiosincrasia del costarricense y su actitud social y política.

Los gobernadores españoles y los historiadores de nuestros primeros siglos de vida insisten en la ausencia de todo espíritu gregario de los colonos y en la imposibilidad que se presentó, durante más de tres siglos, para unir en ciudades o centros de población a aquellos colonos que vivían en absoluto aislamiento y a muchas millas de distancia unos de otros. Esta especialísima situación se debió a varios factores: a la pobreza misma de la provincia que impidió una intensa colonización española, a la topografía de nuestro territorio que no exigía el esfuerzo colectivo y al factor étnico, ya que los colonos eran en su mayoría españoles de los siglos dieciséis y diecisiete, es decir, individualistas de temple indomable. Como una nota de esta situación histórica copiamos parte de una carta al Rey del gobernador Juan de Chaves y Mendoza: “Señor, esta provincia es muy corta, y aunque en ella hay mucha gente, no es de la política de otras partes, porque esta tierra está apartada de todo comercio de estos vuestros reinos; y así los vecinos de esta provincia se crían por estos montes sin ver otras gentes ni comunicarlos, con que no se halla en capacidad ninguno de ellos para tener administración de justicia”. Por otra parte son muchas las quejas que conocemos de los sacerdotes de aquella época ante las dificultades con que tropezaban para que las gentes se reunieran, en los pequeños templos aislados, para cumplir con las funciones religiosas.

Los sustantivos colectivos

Un rasgo del individualismo costarricense, que se aprecia nítidamente, tanto en el lenguaje literario como en el habla corriente, es el sentido despectivo que se les da a todos los hechos, instituciones y cosas de tipo colectivo como lo apreciamos en los siguientes ejemplos:

El pueblo de Costa Rica (la soldadesca) es como todos los pueblos presentes y pasados. Masa inerte que recibe y conserva el impulso que se le da.

Argüello Mora

No corráis con la plebe; ella posee una poderosa fuerza medio-
crizante: como Circe, convierte en puercos a los hombres.

R. Brenes Mesén

En muchas páginas he expresado, en términos variados, la vieja
sentencia según la cual, si es fácil encontrar canónigos buenos separa-
damente, es en cambio demasiado difícil dar con cabildos que sean
también buenos en conjunto. Y es que, cuando los hombres se reú-
nen, sus fuerzas intelectuales son inhibidas por las fuerzas emotivas.
Maeterlinck dice que los hombres son como las montañas: no pueden
juntarse por las cumbres, sólo por las partes bajas.

E. Jiménez Rojas

Alrededor de esta plaza, de un lado se asienta el Ayuntamiento
y de otro la Parroquia, o la Catedral si la grey es bastante grande para
tener un pastor vestido de morado. Y lo demás, continuando el símil
de la célula, es protoplasma.

Mario Sancho

A nadie le ha sucedido
lo que a mí me sucedió:
que en la Junta de Notables
me robaron el reló.

Aquileo Echeverría

La historia la hacen los héroes y los santos. La ciudad de Carta-
go se sabe el punto de partida de nuestra nacionalidad y se conforta
con la Virgen de los Angeles y subsidiariamente con la Virgen de la
Limpia Concepción del Rescate o Virgen de Ujarraz, dama de abolen-



go realista precisamente especializada en derrotar chusmas bucaneras, aunque no sé por qué se estuvo tan quedita y aparte durante el cincuenta y seis.

.....

Era raro ver entre la nube de clérigos que circulaba, uno que fuera costarricense.

Mario Alberto Jiménez

Es de advertir que en la comunicación vulgar es un verdadero tópico el uso de este tipo de expresiones peyorativas para todo lo colectivo, como las que se emplean para designar a los diputados y a los miembros de los cuerpos políticos y hasta técnicos.

Otras manifestaciones de la individualidad

Varios rasgos estilísticos nos demuestran también el imperio de la individualidad —aunque no de la personalidad, lo cual es muy distinto— en el lenguaje costarricense. Uno de los más notorios es el empleo de la forma reflexiva del pronombre personal de primera persona:

Me veo en el muy penoso deber, cumpliendo el que me impone la Constitución en la elaboración de las leyes, de vetar vuestro decreto que transforma en acto lícito el juego de gallos.

Ricardo Jiménez

Por aquellos días a mí me encantaba sumirme en el agua remanada de la tradición.

Mario Sancho

Ni tan bien como lo quisiera yo ni tan mal como lo quisieran otros.

Carlos Luis Fallas

El último ejemplo es de naturaleza distinta a los dos anteriores, pero implica también un enfrentamiento del yo con los demás.

Donde creemos apreciar el mayor influjo y uno de los más notables efectos de la individualidad es en la abundancia de actitudes irónicas en nuestros escritores, y refiriéndonos al lenguaje coloquial, en lo que suele llamarse *choteo* entre nosotros. La ironía es indudablemente una afirmación de la individualidad frente al conglomerado social, a sus instituciones y a sus costumbres. Diríamos que se funda en un sentido de superioridad frente a la mediocridad de la masa, sentido que puede ser perfectamente falso y que en la mayoría de los casos no tiene otra base que la del egoísmo. Es verdad que se han dado otras explicaciones en relación con el *choteo*, pero una comparación entre nuestra literatura y el habla popular nos da pie para afirmar que ese vicio tan corriente en nuestras relaciones sociales no es otra cosa que una degeneración, o versión popular si se quiere, de la ironía y de cierta actitud sarcástica de nuestros escritores, que en muchas ocasiones es de burla para el escritor mismo.

Vamos a citar ejemplos tomados de nuestra literatura y que van desde la ironía sonriente hasta algunos casos de abierto irrespeto a hechos o instituciones nacionales. Conviene advertir, previamente, que la ironía, y más corrientemente el sarcasmo, se aprecian en el conjunto de muchas producciones, como es el caso de la mayoría de los cuentos, cuadros y ensayos de Magón, de Fabio Baudrit, de Pío Viquez, de Paco Soler, de Mario Sancho y de Mario Alberto Jiménez. Trataremos de extraer frases o escenas breves de esas producciones.

¡Mi primer empleo! Portero-escribiente del Juzgado del Crimen, con ocho pesos, cincuenta centavos de sueldo mensual. Ya era firme columna del templo sagrado de la patria.

Magón



Llegados al Parque Nacional se extasiaron contemplando el Monumento de la Guerra Nacional.

—¿Hombre, Churuco, por qué va ese calzonudo juyendo de esas cinco mechudas? —preguntó Talao—, ¿qué jué la cosa?

—No, Chiverre, es que va zafando porque se metió a Nicaragua a cogerse el mandao y entonces se le botaron encima las otras hermanas y le dieron la gran apaleada. Esa que va alante es Costa Rica.

—Pos lo que yo, biera juyido también —observó Esmeregildo— si esto es con una sola se ve uno a palitos, contimás con cinco. . .

— ¡Pa la jurisca!

Magón

Todavía la carretada de guate que el 27 de abril de 1870 puso en conflictos a la República y trajo al país nuevos y más o menos empañados horizontes, no había pasado por el Cuartel de Artillería.

Magón

Por ese mismo tiempo me llevó el Doctor Castro, que era Rector de la Universidad de Santo Tomás, a desempeñar dos cátedras de Derecho, creo que Natural y Público. Pero entonces se pagaba poco: treinta y cinco pesos por hora diaria, y nuestros grandes maestros en ciencias jurídicas no solían rendirse a tan poco precio. Hoy es cosa distinta: cien pesos valen la pena de un sacrificio, y el año entrante es muy seguro que habrá más de un sabio en traje blanco para cada cátedra. Yo me considero ya borrado de la lista de profesores.

Pío Víquez

La publicidad, la agitación, el ruido, forman la atmósfera que nos rodea. Y guiados de ese espíritu, unos cruzan con frecuencia los océanos, otros se devanan los sesos por hacer nuevos inventos, otros oporrean las tribunas democráticas, esforzando las laringes y soltando gazafatones más grandes que cetáceos descomunales, y otros, en

fin, hacen sudar las prensas, resolviendo con aplomo de estatua y frescura de lechuga todos los problemas políticos, económicos y sociales.

Pío Viquez

La Pedagogía es vieja como el mundo. Adán y Eva apenas se daban cuenta de su existencia, y he aquí que se les aparece en forma de serpiente. De entonces a acá ¡cuántas cosas hemos aprendido y sobre todo cuántas nos han enseñado!

Fabio Baudrit

Dolía pensar que el destino de los costarricenses fuera el de abandonar la tierra y los negocios al extraño y el de allanarse a la existencia parasitaria del empleómano; y que el hombre llamado a poner remedio a esto o a dar siquiera la voz de alerta, pareciera, al contrario, muy conforme con su papel de destazador y racionero de la res pública.

Mario Sancho

A juzgar por una noticia oficial, los indios de Talamanca tampoco fueron jimenistas. Del padrón de doscientos cuarenta y uno, sólo cinco votaron a favor de don Ricardo, lo cual también era una actitud lógica: en esa época los talamancas todavía tenían rey y mal podían ser republicanos. Eran gente de opinión.

Mario Alberto Jiménez

Y ya que citamos a este último autor, anotamos en él otro rasgo que une la ironía al individualismo: el otorgar voluntad humana a las cosas, como en este ejemplo:

Quando hoy nos explican lo que costaba a un tico pegarle un balazo a un filibustero con aquellos fusiles llamados de “chispa” que



exigían no menos de cinco o seis operaciones distintas para ver si el tiro se decidía a salir, el sentimiento que se experimenta (ahora nos hemos acostumbrado a matarnos entre casa, con Niehausen), primero es de congoja por tanta lentitud y después de regocijo como si se tratara de un chiste, pero no de admiración. Y de ahí que definamos todo lo que nos parece ridículamente anticuado como “del tiempo de fusil de chispa”.

No pocas veces encontramos la risa elaborada en figuras literarias como la anfibología o la antítesis:

Bajo el brazo la vihuela,
en la boca el “cabo” hediondo
que ha llevado tras la oreja,
“cabo” que ha de ser al cabo
soberanísima “cuecha”.

Aquileo Echeverría

Luego ensayó el derecho y se encontró demasiado torcido para que esa ciencia pudiera enderezarlo.

Argüello Mora

El énfasis

El énfasis y el empleo de las formas hiperbólicas, tan propias de nuestro lenguaje, especialmente el coloquial, son un complemento de la actitud burlesca, irónica o sarcástica. En una y en otra de estas manifestaciones se aprecian la actitud egocéntrica y el libertinaje de un yo que se antepone a una sociedad no bien organizada en la que no se han creado tradiciones y jerarquías. En el mejor de los casos puede considerarse como una reacción de la intimidad frente a la coacción que impone la vida social.

El énfasis, defendido por Unamuno como propio del español, llega entre nosotros a exagerar exteriormente la expresión, desentendiéndose del verdadero valor de las palabras y convirtiéndose en pura superficialidad. Tal es el caso de las expresiones tan corrientes:

¡Qué barbaridad!
¡Qué horror!
¡Estupendo!
¡Maravilloso!

O como en expresiones literarias copiadas del habla corriente:

— ¡Ave María gracia plena!
¡Los tres dulcísimos nombres!

Aquileo Echeverría

. . .como para resucitar a un muerto.

García Monge

Los rayos del sol calcinaban desde el cenit.

González Rucavado

Sentido dramático

Lo que llamamos sentido dramático no constituye una exclusividad de los costarricenses y de su expresión literaria o familiar, pero lo anotamos porque tal sentido es visiblemente fuerte en nuestras letras y porque esa condición es un efecto de todo lo que hemos venido observando.

En la esencia de lo dramático hay una actitud de choque o conflicto, el *yo* con el *otro*, diríamos, que es siempre el resultado de una individuali-



dad cerril y —esta sería la razón de la escena— de la concepción visualista que producen la acción y la contemplación. El “Yo me veo en la obligación de” no es una frase cualquiera entre nosotros. Nos vemos efectivamente y vemos actuar a los demás. En el éxito de las **Concherías** de Aquileo Echeverría o de los **Cuentos de Magón**, y también de **Los cuentos de mi tía Panchita** de Carmen Lyra o de las novelas de Carlos Luis Fallas, cuenta en primer lugar el intenso sentido dramático de estas obras. Con razón Isaac Felipe Azofeifa dice que en este solo verso de Aquileo está viva toda la escena:

- ¡Mama. . .!
- ¿Qu'es?
- El curandero.

LOS MOTIVOS LITERARIOS Y COLOQUIALES

Señalamos brevemente este sentido dramático sin extendernos en sus diversas manifestaciones porque, para nuestro propósito, no tiene otra significación que la derivada de la visualidad y del individualismo.

El estudio de los motivos se considera como el más fecundo en todo análisis literario, tanto dentro de los métodos de la crítica tradicional como en los que sigue la nueva estilística. Sería de esperar, dado el orden que hemos seguido, que iniciáramos este estudio con los motivos de la tierra, pero a ellos nos referiremos con mayor eficacia al hablar más adelante de las percepciones sensoriales, símiles, comparaciones y metáforas en nuestra literatura.

Dentro de lo que técnicamente se entiende por motivos citaremos en primer lugar los de la muerte y la enfermedad. Los dos son tema favorito en las conversaciones familiares y, si nos referimos exclusivamente a lo literario, nos encontramos con que nuestros dos clásicos les dedican muchos de los mejores cuadros: Aquileo cuatro de sus **Concherías** y Magón seis de sus escenas costumbristas. Además, D. Roberto Brenes Mesén llama a uno de sus libros poéticos **Poemas de amor y de muerte**; en dos obras de José

Marín Cañas —El Infierno Verde y Pedro Arnáez— son fundamentales los dos temas; los dos son también el alma de *La ruta de su evasión* de Yolanda Oreamuno. Prescindimos de muchos cuentos en que aparece el tema de la muerte y de varias obras en que el tema aparece pero sin carácter medular, como en *Cuentos de angustias y paisajes* de Carlos Salazar Herrera y *Aguas Negras*, drama de H. Alfredo Castro Fernández.

No intentaremos una interpretación de la persistencia de estos motivos. Nos bastará anotar que se trata también de un efecto del excesivo individualismo, la única introversión posible y el único impulso trascendente en un medio racionalista como el costarricense.

Son también notables, especialmente en la poesía lírica, las variantes del motivo de la muerte: la vida como sueño, el río de la vida y algunas otras que ilustraremos con ejemplos:

Ven laureado cantor, ven, contemplemos
el rumoroso río de la vida,
que baja entre peñascos al mar.

¡Ay! en llegando al mar tendremos rota
la planta de los pies: el alma herida
por las crueles espigas del dolor.

Juan Garita

Allá en el camposanto
que esmaltan las auroras de amaranto
y las tardes de sándalo y carmín,
allá donde la hiedra
abrazo con amor la cruz de piedra
anhelo ahora descansar al fin.

Lisímaco Chavarría



En esta larga noche de la vida,
mamá, mamá. . . se extingue mi lucero.
Estoy llorando, oh madre, tu partida,
a oscuras con el alma en mi sendero.

Con el alma por el dolor partida,
soy ahora noctámbulo viajero. . .

Eladio Prado

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo.

Julián Marchena

Un canto para el otoño que nos tiende
un crepúsculo de oro con su voz ya lejana
y que mientras se apaga, palidece y se guarda
en sí mismo los días antiguos, como joyas,
nos ha reconciliado con la muerte.

Isaac F. Azofeifa

La mano rugosa de la fatalidad llamó a su
morada, y el prócer, como ave migratoria, se
remontó a la altura.

José Astúa Aguilar

No encontramos en nuestros escritores un sentido profundo y religioso de la muerte. Diríamos, con todas las reservas posibles, que la muerte en nuestra literatura está más ligada a la naturaleza que al hombre, lo mis-

mo que la enfermedad y el dolor. A este propósito apuntamos que es muy corriente encontrar estos temas ligados al de la lluvia y citamos como ejemplos evidentes las siguientes producciones: **La bruja de Miramar** de Carlos Gagini, **Nochebuena y bananos** de Carmen Lyra, **Mamita Yunai y Gentes y Gentecillas** de Carlos Luis Fallas y muchas otras de menor importancia.

El motivo del agua es muy raro en nuestra literatura. Como casos concretos de conjunto sólo podríamos citar **El apólogo de las agua** de José Fabio Garnier y algunos poemas: **Frente al mar** de José María Zeledón y **Ante el mar** de Joaquín Barrionuevo. Y se da el caso interesante de reacción inconsciente, de huida digamos, frente al mar que no en otra forma puede interpretarse el motivo en **Pedro Arnáez** de José Marín Cañas.

Elaboraciones literarias del motivo encontramos algunas, pocas siempre, entre las que citamos dos:

Con los ojillos llenos de gaviotas, me entretenía en mirar los del-fines, retozar muy lejos, al pie de los celajes.

Alfonso Ulloa Zamora

Y esta de carácter surrealista:

En lo alto, hacia la superficie, vio brillar el agua abierta por un manotazo poderoso, salpicando cristales que descendían hacia la profundidad, por donde ahora se trasladaba con torpes, lentos, perezosos, movimientos de autómatas. Creyó que caminaba por el fondo arenoso sin ninguna dificultad, casi danzando, vaporosa y ágil.

Joaquín Gutiérrez

El motivo del aire, lo que Bachelard llama el sueño de vuelo, es aún más raro, lo que comprueba la escasa vena lírica del costarricense. No llegan a seis los ejemplos que encontramos en toda nuestra literatura. La tierra sigue pesando sobre el agua y sobre el aire. **Vuelo supremo** de Julián Marchena sería el caso más cercano a este motivo, y, fragmentariamente, algunas notas aisladas de escasa importancia. A veces encontramos el tema contrario: el de la tempestad, la negación del vuelo, como en el siguiente ejemplo de Juan Diego Braun Bonilla:



En esta larga noche de la vida,
mamá, mamá. . . se extingue mi lucero.
Estoy llorando, oh madre, tu partida,
a oscuras con el alma en mi sendero.

Con el alma por el dolor partida,
soy ahora noctámbulo viajero. . .

Eladio Prado

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo.

Julián Marchena

Un canto para el otoño que nos tiende
un crepúsculo de oro con su voz ya lejana
y que mientras se apaga, palidece y se guarda
en sí mismo los días antiguos, como joyas,
nos ha reconciliado con la muerte.

Isaac F. Azofeifa

La mano rugosa de la fatalidad llamó a su
morada, y el prócer, como ave migratoria, se
remontó a la altura.

José Astúa Aguilar

No encontramos en nuestros escritores un sentido profundo y religioso de la muerte. Diríamos, con todas las reservas posibles, que la muerte en nuestra literatura está más ligada a la naturaleza que al hombre, lo mis

mo que la enfermedad y el dolor. A este propósito apuntamos que es muy corriente encontrar estos temas ligados al de la lluvia y citamos como ejemplos evidentes las siguientes producciones: **La bruja de Miramar** de Carlos Gagini, **Nochebuena y bananos** de Carmen Lyra, **Mamita Yunai y Gentes y Gentecillas** de Carlos Luis Fallas y muchas otras de menor importancia.

El motivo del agua es muy raro en nuestra literatura. Como casos concretos de conjunto sólo podríamos citar **El apólogo de las agua** de José Fabio Garnier y algunos poemas: **Frente al mar** de José María Zeledón y **Ante el mar** de Joaquín Barrionuevo. Y se da el caso interesante de reacción inconsciente, de huida digamos, frente al mar que no en otra forma puede interpretarse el motivo en **Pedro Arnáez** de José Marín Cañas.

Elaboraciones literarias del motivo encontramos algunas, pocas siempre, entre las que citamos dos:

Con los ojillos llenos de gaviotas, me entretenía en mirar los del-fines, retozar muy lejos, al pic de los celajes.

Alfonso Ulloa Zamora

Y esta de carácter surrealista:

En lo alto, hacia la superficie, vio brillar el agua abierta por un manotazo poderoso, salpicando cristales que descendían hacia la profundidad, por donde ahora se trasladaba con torpes, lentos, perezosos, movimientos de autómeta. Creyó que caminaba por el fondo arenoso sin ninguna dificultad, casi danzando, vaporosa y ágil.

Joaquín Gutiérrez

El motivo del aire, lo que Bachelard llama el sueño de vuelo, es aún más raro, lo que comprueba la escasa vena lírica del costarricense. No llegamos a seis los ejemplos que encontramos en toda nuestra literatura. La tierra sigue pesando sobre el agua y sobre el aire. **Vuelo supremo** de Julián Marchena sería el caso más cercano a este motivo, y, fragmentariamente, algunas notas aisladas de escasa importancia. A veces encontramos el tema contrario: el de la tempestad, la negación del vuelo, como en el siguiente ejemplo de Juan Diego Braun Bonilla:



No, mi bien, no es posible
que airada tempestad bajo tu frente
haya batido sus malignas alas.

En cambio es abundantísimo el tema —no podemos considerarlo como motivo— que familiarmente llamamos de los espantos. Las leyendas, tan conocidas, han sido desarrolladas en distintas formas por todos nuestros escritores, los viejos y los jóvenes, y van desde la explicación pseudo-erudita de Gagini, hasta la cita poética de Marchena en *Romance de las carretas*.

En general, estos temas se tratan escépticamente, como una necesidad de no olvidar el escaso *folclore* con que contamos. No se estilizan, ni siquiera se simbolizan. Todas las referencias que encontramos a la Llorona, el Cadejos, la Cegua, la Carreta sin Bueyes o los Duendes revelan que su origen proviene de actitudes inmaduras, primitivas y universales del espíritu humano. Entre nosotros carecen de una dimensión de profundidad y no están ligadas al espíritu poético de la naturaleza.

Abundan, como en cualquier otra literatura, los motivos del amor, de la noche, de la tarde y de la mañana, pero a pesar del apego histórico del hombre a la tierra, interesa destacar la escasísima presencia del “*paisaje ameno*”, el tema clásico de la égloga y de la novela pastoril. Podríamos señalarlo únicamente en la novelita *Doña Ana de Cortabarría* de Manuel de Jesús Jiménez, y en algunos cuadros de Pío Viquez.

Y pasamos ahora al campo más importante de nuestro estudio.

ANALISIS DE LA EXPRESION LITERARIA

En la primera parte de este estudio, o sea en el camino que hemos recorrido, examinamos en sus diversos aspectos la actitud del escritor y del hablante frente a su mundo exterior e interior. Era necesaria esta excursión preparatoria para entrar ahora en los verdaderos terrenos de la estilística, analizando la objetivación de ese mundo, es decir, la expresión litera-

ria y hablada en sus rasgos más notales, con el propósito ulterior de comprobar las bases y puntos de partida de nuestra teoría y afirmar las deducciones finales.

Partiremos de lo más sencillo hacia lo más complicado.

Estudio de las percepciones sensoriales

En el conjunto de las sensaciones y percepciones que matizan cualquier literatura en cualquier época, privan en primer lugar las visuales y en segundo lugar las auditivas, ya que la vista y el oído son los sentidos por excelencia en el campo de la estética. La literatura costarricense no es una excepción, pero quien la estudie con afán analítico comprobará ciertos hechos importantes: primero, que la superioridad de las sensaciones visuales es enorme, aun sobre las auditivas, y que las olfativas y táctiles son escasísimas y limitadas a escritores o poetas de primer orden; segundo, que esas sensaciones, en su gran mayoría, están relacionadas con símiles o comparaciones provenientes siempre de la tierra y muy en especial de los objetos que proporciona el campo. Además, rara vez encontramos la percepción pura y en la mayoría de los casos se trata de símiles y comparaciones, lo cual intensifica y hace evidente el predominio de la tierra. Veamos algunos ejemplos entre los millares de que podríamos disponer.

Símiles visuales originados en el campo:

**Son mis versos sin arte
muy sencillos y breves,
pero en ellos el alma
dejo ver transparente
como el agua que brota
de las rocas agrestes;
por lo humildes semejan
esas flores silvestres
que en la sombra del bosque
se marchitan y mueren.**

José María Alfaro Cooper



Ya se acerca el cruel momento,
el hacha relampaguea
y tu tronco hiende airada
fatal e invencible fuerza.

Jenaro Cardona

Mi musa es joven y ardiente,
morena, de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del cafeto.

. . .el rostro arado por los sinsabores de la vida. . .
vida. . .

J. García Monge

Percepciones de igual origen pero auditivas:

A poco oyéronse en el potrero los relinchos y las carreras de los caballos arreados al corralón; los berridos continuos de los recentales: el trotar menudo de las vacas sobre el empedrado, sus bramidos a los becerros, y el *onte, onte*, mansito del vaquero; el *piu, piu, piu* de la cocinera a las aves de corral, que desde todos los puntos corrían a comer de la lluvia de granos de maíz que rebotaban en la dura tierra; y el currucucú y revolotear de las palomas.

C. González Rucavado

De igual origen pero gustativas, táctiles, internas y combinadas:

Al güey viejo le gusta el cojollo tierno.

Magón

A pocos pasos se erguían unas tunas gordas, con su corte prismático triangular y sus vértices erizados de púas.

J. García Monge

La sabana inmensa color de esmeralda, con leves tonalidades amarillas que parecían robadas al oro.

Edelmira González

Quince días de furioso temporal. El valle se ahoga en una tristeza desesperante.

Llueve. Pasan silvando ráfagas de viento frío y cortante.

Carlos Luis Fallas

La neblina de nuevo invade el paisaje y el palmito se arropa en su eterna compañera.

Max Jiménez

Así en su hogar veíanse al lado de la pequeña biblioteca los quesos tiernos, y se oía el mugido de las hermosas vacas criollas que llegaban todas las madrugadas, tras las voces de Remigio, a despertar a la familia y dar su leche, luego de haber pastado en el rocío y los encierros de la finca cercana.

Fabián Dobles

. . . ahogándose casi en sus carcajadas de asmático, con las que parecía imitar a una bandada de oropéndolas.

Carlos Luis Fallas

En la expresión literaria las percepciones y las imágenes están intelectualmente elaboradas y ya hemos visto cómo privan las visuales y dentro



de éstas el colorido. Pero en el habla familiar encontramos también que, sin ninguna elaboración intelectual o poética, priva el mismo apego al realismo campesino, como lo demuestran los muchos términos de carácter despectivo, con los cuales las personas se rebajan a la categoría de animales o de objetos y productos de la tierra:

Anonas, mula, zapallo: para designar a una persona a la que se considera tonta.

Arriado: para llamar a un perezoso.

Moto: nombre que se aplica en los campos al huérfano.

Chancho, chanchada: voces de muy distinta significación despectiva.

Cara de jícara: para indicar una faz que se ha puesto seria por un disgusto.

Gallina: para llamar a un cobarde.

Las percepciones auditivas, olfativas, gustativas y táctiles, y en este orden descendente, son inferiores en número a las visuales, como ya lo dijimos, y cabe observar que tienden casi siempre a expresar recuerdo, nostalgia y otras formas emotivas, como lo veremos en algunos ejemplos:

¡Con qué gusto en mis prolongados viajes sentía, al clarear de una mañana, el clarín de paz y regocijo de los gallos que me anunciaban la proximidad de un techo hospitalario!

J. García Monge

Al pie de la torre de la ermita en la pequeña aldea, descansa invertida, mirando al cielo, una vieja campana que perdió la armoniosa sonoridad de su tañido. . .

Aquella campana era la voz de la ermita. Acento sonoro, dulce y claro, a veces alegre, a veces melancólico, siempre grato, siempre noble, siempre amigo.

Rubén Coto

En algunos casos, todos de autores contemporáneos, las percepciones se transforman caprichosamente profundizando la intención poética:

Un silencio echa a andar con pasos de luna, por delante de ellos.

R. Brenes Mesén

El silencio sonaba espeso como un rumor ancho de la sombra.

J. Marín Cañas

Croan las ranas ocultas,
el grillo rasca su cuerda,
los gallos a la distancia,
dan insócronos alertas,
algún remoto ladrido
el viento nocturno lleva,
y, quejumbrosas y a tumbos,
enfilanse las carretas.

Julián Marchena

En el arpa desnuda de la fuente
y el canto alucinado de los pájaros,
la divinidad enciende sus lámparas eternas.

F. Centeno Güell



Son de olor de geranio las gradas
de mi casa esta noche de luna.

R. Brenes Mesén

Lupita iba adelante, trajeada de luto, y al través de la tela retozaba la plétora de su juventud y sus carnes eran blancas y perfumadas como una flor de cafeto.

J. García Monge

Así recorríamos uno a uno los portales olorosos a piñuela y cohombro, albahaca y piña, con sus racimos de limas y naranjas.

Magón

En el silencio, ocho pares de piesecitos golpeaban al caminar sobre el empedrado. Pero el empedrado ¿no estaba dentro de ella, en el corazón?

Carmen Lyra

Y en el áureo jardín, bajo el misterio
de la luz y el perfume de las rosas,
se alza el canto sonoro y argentino
cual vuelo de sonámbulas palomas.

Rafael Cardona

Los campesinos muy peripuestos con sus ropas domingueras olorosas a eucalipto o a alcanfor. . .

R. González Rucavado

Por todo el camposanto flotaba un tufillo a flores de muerto, con sus corolas amarillas, como onzas de oro.

Con el recuerdo me llegó el olor de la campiña costarricense, que por estas tardes de marzo recibe del cielo una llovizna refrescante que compensa los vivos calores del mediodía.

J. García Monge

Sinestesias y cenestesias

Estas dos formas literarias trascienden las percepciones sensoriales y son resultado de una concepción y una estructura eminentemente poéticas y, consecuentemente, están fuera del habla coloquial. En las sinestesias se produce una combinación de percepciones externas de dos tipos, visuales y auditivas, por ejemplo; y en las cenestesias, combinación de percepciones externas e internas a las que se suma la afectividad, o a veces la finalidad, encontramos ya una interpretación de orden estético. Esto nos indica que aparecen en mucho menor número que las simples percepciones y que corresponden siempre a autores y obras del orden poético como lo vemos en los siguientes ejemplos:

El bonguero me miró y me dijo:

—A veces salta el agua como ahorita, ¿sabe usted? y le pringa a uno la cara, y uno no sabe si está llorando porque. . . la mar y las lágrimas son aguas saladas.

C. Salazar Herrera



Vio el naranjo coposo bañado de azahares, sintió su fragancia descendiendo de lo alto como una música sutil de perfume y experimentó en las yemas de los dedos la misma sensación de cutis de durazno de las mejillas de Ismenia.

La voz del cuerno de un pastor le hace un llamamiento hacia el valle, donde ve las pequeñas manchas errantes del rebaño. Se apodera de él una emoción extraña: es como si muchos dulces recuerdos de niñez hubiesen naufragado en su alma.

R. Brenes Mesén

Había anochecido. La atmósfera se refrescaba un poco y tuvo por primera vez la impresión de volver a saber de sí mismo. Se tendió sobre unas hojas húmedas y extendió todos los músculos para buscar reposo. Una infinita sensación de gloria le abarcaba el cuerpo.

J. Marín Cañas

En el ancho patio de la casa era la vespertina rueda de los niños, estrella de canciones y de risas. Subían las limpias voces por los aires: subían temblando de gozo, igual que pompas de jabón.

Entre las azucenas del poniente, al fondo de la calleja herbosa y empedrada, nos alegrábamos cantando, cogidos de la mano, y extasiados en nuestro propio vuelo de pajarillos libres.

Carlos Luis Sáenz

Las metáforas

No creemos apartarnos mucho de nuestra tesis inicial, relativa al pre-

dominio de la tierra y del espacio y al sentido visualista en la literatura costarricense, al estudiar los diversos matices de la metáfora. No estableceremos diferencias esenciales entre imágenes, comparaciones y metáforas, pero incluiremos ejemplos de los tres tipos de tropo con el fin de hacer ver que en casi todos los casos, y con mínimas excepciones, priva también la imagen visual, concreta y originada en la influencia de la tierra.

Efectivamente, en las metáforas dominan las imágenes tradicionales, es decir, de semejanza con algo exterior y real. Es muy rara la llamada imagen visionaria, en que la comparación o identidad no procede de un objeto sino de la emoción sugerida. De aquí el predominio de la metáfora simple, de sustantivo o símil:

Una muchacha de quince años, alta, flexible como rama de guayabo, de carnes firmes como el guayacán, de ojos y pelo negrísimos como el güisoyol, de dientes parejos, blancos, pequeñitos como granitos de elote tierno, morena con el tinte de cobre viejo y con la eterna y provocadora sonrisa en los carnosos labios de pitahaya.

Magón

Otra característica digna de consignarse como detalle necesario para las conclusiones, es la de que en nuestra literatura privan casi exclusivamente las imágenes estáticas. Bien se ha dicho que la imaginación no es la capacidad de *formar* imágenes, sino la de *deformarlas*, puesto que, poéticamente, la riqueza está en la variedad, cambio y transformación constantes de las imágenes.

Las citas siguientes, todas de imágenes tradicionales, ilustrarán mejor nuestras afirmaciones:

Elisa Delmar no sólo era una de las más bellas flores del jardín que riega el torrentoso río Barranca. . .

M. Argüello Mora



Después entraba el bolero, orondo como cura de parroquia grande, con su casquillo de cápsula de revólver y su cazoleta ancha y honda como la pila de la plaza.

Magón

La tierra se ha tendido como una colcha sobre la superficie de una cama.

Yolanda Oreamuno

Allá lejos, las montañas y los cerros emergen de cuando en cuando como negros fantasmas, para hundirse luego y esfumarse otra vez entre el espeso neblinaje.

Carlos Luis Fallas

Dulces abadesas, santas viejecitas
místicas e ingenuas como las ermitas;
aunque renegridas de surcos y grietas
sois como ribazos llenos de violetas.

Rafael Cardona

El filtro nació con la casa,
es como el seno de piedra de una virgen indígena

La tinaja es una fruta de agua
junto a la tapia, cuyo rojo va volviéndose jade,
por el musgo que es tiempo, pátina y poesía.

Francisco Amighetti

Y allá en el extremo, en mesa aparte, un pedazo de cielo y de sol tropical como sólo en esta tierra bendita se ven y como sólo este suelo los produce: una muchacha. . .

Magón

María, su antigua novia, la flor del campo enmustecida, que guardaba su perfume sólo para él.

J. García Monge

Más allá, en distintos términos, prendíase en las copas de los árboles, a brochazos de oro vivo, el sol veraniego.

Manuel Segura

El sol descendía: entre la arboleda cintas de luz se colaban cambiando tonos de paisajes ideales y formando en el suelo como riachuelitos de oro.

C. González Rucavado

Su oratoria era una floresta encantada; floresta de robles y lirios, con vegetación de jardín y de montaña, al través de cuyos ramares densos y dorados fluían apacibles brisas o destrenzaban su melena trágica los huracanes.

Guillermo Vargas

Su lengua tosca tenía siempre la palabra que se necesitaba: en la alegría, sabía echar ramilletes de chispas inofensivas como las de la piedra de afilar cuando trabaja; en la ira, era un cántaro de agua que apagaba las llamas; en el dolor, la gota de aceite que calma.

Carmen Lyra



Muy escasas son, en cambio, las metáforas en que la comparación no se hace con un objeto real sino con uno ideal o bien con una abstracción o un tema emotivo:

Por aquellos días a mí me encantaba sumirme en el agua reman-
sada de la tradición.

Mario Sancho

Todo sencillo fue, todo inocente,
si lo comparo con la ardiente lira
que fue mi cuerpo derramado en ritmos
cuando la cesta de caricias tuyas,
volcaba sobre mí, encendió la pira.

R. Brenes Mesén

Las miradas son las palabras de las almas que
palpitan cuando la emoción las estremece.

Carmen Lyra

Difícil es, por la falta de documentación y lo inasible de las formas populares, señalar metáforas en el habla coloquial costarricense, si eliminamos las que son corrientes en todos los pueblos de habla española. Los pocos ejemplos que anotamos enseguida muestran las mismas características de los ejemplos literarios, es decir, la comparación que se afirma en una imagen real:

Báileme ese trompo en la uña.
Se desgranó la mazorca.
Le patina el coco.
Son un par de tórtolos.
No da sal para un huevo.
No gana ni para la masa del perico.
Le picaron el tiquete, o bien, alzó las herramientas, como suele decirse vulgarmente cuando alguien muere.

En estas y en otras frases se cumple la observación de Bally¹² de que el habla familiar tiende siempre a lo concreto, apoyándose en el mundo sensible mediante imágenes.

El sistema verbal y sus originalidades

Una estadística —necesariamente limitada a los principales novelistas y cuentistas nacionales— nos revela que éstos, en términos generales, no se diferencian particularmente de los narradores españoles e hispanoamericanos en lo tocante al sistema verbal. Pero hay ciertas diferencias que conviene destacar. Observamos una preponderancia del pretérito imperfecto (Bello: copretérito) sobre el pretérito perfecto o antepresente, que obedece sin duda a la mayor carga afectiva del primero y, sobre todo, en nuestro caso, a la mayor repercusión de lo pasado en lo presente que produce ese tiempo verbal. Los ejemplos llenarían muchas páginas y nos limitaremos a señalar el más corriente, porque, además de ser muy usado, denota también un fondo de timidez o indecisión. La gran mayoría de los costarricenses, al hablar y afirmar sus opiniones en una reunión, con plena voluntad presente, se expresan así:

Yo quería decir. . .
A mí me parecía que. . .

Pero las mayores diferencias no se aprecian en el indicativo sino en el subjuntivo. Su empleo es muy raro en nuestros escritores y muchísimo



más en nuestros hablantes, que, por las razones ya apuntadas en capítulos anteriores, se muestran reacios o inseguros ante la irrealidad de las acciones verbales cuando la gramática exige que se expresen en subjuntivo. Se dice corrientemente:

Le mandaron que estudie.
Convendría que venga.

En las oraciones subordinadas de subjuntivo potencial —como ya lo indicamos anteriormente— se prescinde de este modo y se emplea el indicativo:

Sospecho que pasó por aquí.
No sabía que estaba en casa.

También es corriente el empleo del presente cuando debe emplearse el futuro:

Si mañana no llueve salimos.
Si usted se decide a confesar, lo absuelvo.

Rasgo característico es también el empleo constante de perífrasis, ya con verbos de movimiento, ya con verbos de reposo. Ejemplos corrientes en nuestra expresión son los siguientes:

Dejen de estarle oyendo los cuentos a ese.
Siga terminando de trabajar a las cuatro.

Aún más típicas son las perífrasis de tres verbos, propias del habla vulgar pero recogidas múltiples veces por nuestros costumbristas, que revelan indecisión, temor, timidez y otros aspectos de nuestra manera de ser, como lo veremos más adelante:

Nunca voy a poder salir de aquí.
Dejate de estar mintiendo.

Es corriente también el solecismo de construcción que consiste en poner el pronombre personal reflexivo en el verbo auxiliar y no en el principal:

Nunca me pude acostumbrar a . . .
No le sigan oyendo sus mentiras a . . .

Una paradoja evidente

Es paradójico, aunque sólo en apariencia, el hecho de que exista en nuestro lenguaje una visible afirmación de lo presente y al mismo tiempo una indecisión o duda ante la acción inmediata, indecisión o duda que se manifiestan en rodeos lingüísticos, como en las siguientes frases, que son el reflejo verbal de lo que en las relaciones humanas del costarricense suele llamarse *palanganeo*:

Usted como que no quiere entrar a la casa.
Nunca me pudieron acostumbrar a tomar café.
Yo como que me acuerdo de haberlo oído.
¿Cómo le va yendo?
Ai vamos a ver.

Quizá por reacción contra estas formas elusivas y cuando no hay compromiso, el tico acude constantemente en la conversación al imperativo:

¡Fíjate!
¡Callate!

y se acude entre algunos escritores, a formas simples y concretas de la acción:

Sembrábamos entonces unos frijoles invernizos.

Este es un loquito de dieciocho años, el menor de la familia.

J. García Monge



La pobre vieja estaba ya vencida.

Fabio Baudrit

Este es un hombre triste, envejecido en plena juventud.

Luis Dobles Segreda

Esta mañana amaneció el circo en el pueblo.

Manuel Segura

Las citas anteriores, y por ello tienen interés, corresponden a primeros párrafos de cuadros, cuentos o novelas.

Otras características de evidente interés

Eliminamos muchos rasgos, ya que hemos avanzado lo suficiente para acercarnos a una síntesis, y nos limitaremos —y esto en forma breve— a señalar algunas otras características de nuestro lenguaje nacional que consideramos fundamentales.

Como se sabe, la presencia y la reiteración del artículo revela, en quienes lo usan, un concepto neto de la *existencia* real de los objetos (espacialidad y visualismo) y obedece a un proceso de mayor intelectualización. En cambio, la omisión del artículo revela la *esencia* del objeto y el predominio de lo emotivo-volitivo.

Lo segundo es muy raro en nuestras letras, pero del primer aspecto abundan los ejemplos en nuestra literatura, lo cual confirma nuestra tesis:

Manuel nació naturalmente inclinado al bien, a lo recto y lo justo. El dolor, la intriga y la falsedad eran para Manuel modos de ser inexplicables.

M. Argüello Mora

El clamoreo de las campanas, el estampido del cañón, el ruido de los fuegos artificiales, los vivos sonoros, las músicas marciales, las saluciones generales en que las sonrisas se mezclaban con dulces lágrimas de júbilo y aun con el llanto de dolorosos recuerdos, las oleadas de un pueblo inmenso reunido en la capital espontáneamente, siguieron a los jefes y al ejército hasta la iglesia Catedral.

Manuel de Jesús Jiménez

A últimos de julio de 1579, terminados los preparativos, se dispuso que la flota fuera al puerto de Iztapa donde el presidente de la Audiencia debía pasarle revista, antes de que saliera en busca de Drake al mando de un cuarto Diego, que éste era también el nombre de pila del oidor García de Palacio, el cual, después de haber fortificado El Realejo, al tener noticia de la presencia del corsario en las vecindades del puerto, se había ido a Sonsonate para organizar la empresa.

Ricardo Fernández Guardia

Del caso contrario —ausencia del artículo— sólo vamos a citar un ejemplo, tanto por el carácter emotivo de que antes hablamos, como porque es el único caso que encontramos en nuestra literatura de la identidad que Bachelard establece entre el fuego y la violencia:



Aquellas palabras sonaron fuertes, profundas, candentes, como si vinieran de una gruta incendiada.

Fabián Dobles

Indolencia y economía verbal

Finalmente vamos a señalar ciertos vicios o formas características de nuestro lenguaje que reflejan indolencia o pereza mental y que se revelan en la economía de palabras o de letras, en el uso de determinadas palabras a las que se dan sentidos múltiples, en el *tempo* lento de la expresión y el remansamiento de las frases. Sin embargo, al hablar de economía verbal tocamos un problema psicológico de raíces más hondas que las simplemente lingüísticas. Porque no nos referimos sólo a errores o vicios del habla campesina, que podrían explicarse por ignorancia, por descuido o por leyes fonéticas conocidas, sino a formas que se presentan en el lenguaje medio corriente para las cuales no son suficientes tales explicaciones. El costarricense, sobre todo el que no ha aventurado en medios extraños, el apegado a la tierra y a nuestras cosas, no ha escapado en su formación, y consecuentemente en su habla, a determinadas condiciones en las que influyen las costumbres tradicionales, el clima generalmente benigno, la indolencia propia del trópico, la facilidad relativa de la vida, la ausencia de grandes problemas sociales y aun la placidez de lo geográfico; condiciones éstas que han creado una economía de la acción, del esfuerzo y del pensar, que necesariamente se reflejan en la expresión hablada que tiende a adaptarse a ellas.

En lo tocante a economía fonética es muy corriente el uso de palabras como *alcol* por alcohol, *cre* por creer, *cequia* por acequia, *albacá* por albahaca, *Agusto* por Augusto¹³.

Como pereza mental y mayor facilidad de dicción señalamos el empleo de palabras que tienen múltiples equivalentes, como el término *chunche*, que el vulgo y muchas personas cultas emplean para designar despectivamente toda clase de objetos cuando éstos son complicados o cuando se

desconoce el nombre que les corresponde; o el término *carajada* que se aplica a actos o situaciones que resultan erradas e incómodas. Y en el mismo caso de facilidad o comodidad de la expresión está el uso exagerado de ciertas letras, como la *ch* en hipocorísticos como *Chico, Chalo, Lencho, Licho* y otros; en palabras de distinta asignación atributiva como *chicha, chichoso, chiloso, chanchada, charral, charchuela, chamarrear* y algunas más.

En el tercer caso, el de la lentitud de la expresión, señalamos el empleo, muy corriente y a veces innecesario, del adverbio *mente*:

En estos juegos y en montar terneros y en nadar en las pozas de los ríos nos distraíamos grandemente.

Mario Sancho

Don Pascual matutinamente limpiaba los departamentos respectivos.

J. García Monge

Paralelamente se inició el movimiento de nuestra cultura.

A. Alvarado Quirós

Es digno de notar que en un país eminentemente democrático como Costa Rica, se hayan dado, en documentos oficiales, frases como las siguientes, más propias de un monarquía o de una dictadura:

Me veo en el muy penoso deber, cumpliendo el que me impone la Constitución en la elaboración de las leyes, de vetar vuestro decre-



to que transforma en acto lícito el juego de gallos y dispone que se derive de él una nueva renta municipal.

Al expresar mi opinión tal como la veo en el fondo de mi conciencia, lo hago sin ánimo de menosprecio u ofensa para nadie.

Ricardo Jiménez

A mis ojos esa ley, si llega a darse significará. . .

Es seguro que durante todo mi período de gobierno no se me presentará un conflicto igual al que surgió en mi espíritu ante la lectura del artículo 3 de vuestro decreto número 16.

Julio Acosta

En lo privado —si el ejercicio de las letras puede considerarse como actividad privada— encontramos muchos ejemplos:

Cábeme la honra de dirigiros la palabra en esta ocasión memorable para tributar. . .

Pedro Pérez Zeledón

No alcanzo de fijo a contarme entre los intelectuales capacitados para encauzar las corrientes de un pueblo. . .

A mis ojos el ejercicio de las letras ha de ser considerado como un verdadero sacerdocio.

Víctor Guardia Quirós

Entramos por Cádiz, una tarde espléndida, y nos la empleamos curioseando en coche.

Mario Sancho

Son también corrientes en el habla popular expresiones como:

¡Yo qué!
¡A mí qué me importa!
¡Venirme a mí con. . .!

No creemos estar en error al atribuir al ya citado sentido de economía verbal, la expresión “En realidad. . .”, con que actualmente se inician muchas conversaciones y no pocos discursos parlamentarios. No la encontramos en ninguno de los escritores desaparecidos, lo cual nos mueve a interpretar esta expresión, además, como una síntesis ordenadora de una realidad desordenada y confusa.

MATICES DE LA AFECTIVIDAD

Le dedicamos un capítulo aparte a la afectividad en nuestro lenguaje —no obstante que de ella hemos hablado fragmentariamente en observaciones anteriores— por la importancia considerable que tiene en el campo estilístico, aun en un lenguaje como el nuestro en que predomina el expresionismo sobre el impresionismo.

Entendemos por expresionismo el estilo en que predomina lo intelectual y lo lógico; en que los hechos, recogidos por los sentidos, se acomodan ordenadamente y obedeciendo a la secuencia lógica de causa a efecto. Impresionista, en cambio, es el estilo en el cual se captan los hechos exteriores por medio de percepciones inmediatas, es decir, por medio de impresiones subjetivas sin ordenamiento lógico. Todas las consideraciones que hemos establecido en este ensayo tienden, y en nuestro criterio bastan, para afirmar, como lo hacemos, la mayor abundancia del lenguaje expresionista en nuestras letras y con mayor razón en el habla coloquial de los costarricenses.



De todo lo dicho anteriormente se desprende que en el lenguaje tico domina lo que los estilistas llaman el *significante*, es decir, la referencia intencional al objeto, el acto lógico, mientras queda en segundo término el *significado*, o sea lo que la palabra sugiere, el aspecto afectivo¹⁴. Se desprende también que de las tres funciones fundamentales del lenguaje (la indicativa, la emotiva y la simbólica) domina también en el nuestro la primera, de modo que hemos de situar en segundo lugar la emotiva¹⁵, que es aquélla en que es posible estudiar el realismo axiológico de la expresión.

Ardua tarea es entonces la de intentar concretar la inasible vaguedad de lo emotivo en un campo como el de nuestra literatura, y, mucho más, en el del habla familiar, en el que carecemos de documentación, sin contar en ninguno de los medios con el acento de la intención y de la expresividad, que tantas veces decide el sentido de la frase.

Un punto de partida en nuestro empeño será la afirmación de que lo afectivo en el lenguaje costarricense, y ello muy de acuerdo con nuestra idiosincrasia, carece de artistas y grandes relieves, como nuestro paisaje. La pasión no aparece sino en sus matices más atenuados y la afectividad está íntimamente unida a la tradición y a nuestro modo de ser, que tienen mucho de régimen patriarcal y de vecindario familiar. De aquí que lo emocional, auténticamente costarricense, no se aprecie tanto en la “calidad” de las palabras aisladamente consideradas, como en el alma de lo que se escribe o de lo que se habla. Los personajes, los diálogos y el ambiente de los cuentos de Magón, son genuinamente costarricenses, al menos de la Costa Rica de comienzos del siglo, e íntimamente costarricense es también la sintaxis de los cuentos de Carmen Lyra. Pero al disecarlos en un crudo análisis formal, al aislar las palabras, lo probable es que su espíritu se volatilice.

Leamos estos párrafos de *Nuestra tierra prometida* de Alejandro Alvarado Quirós:

En cambio de esa miseria, la colonia llevaba una vida tranquila y familiar bajo el influjo de dos sentimientos que la caracterizaron: la

fedelidad al Rey de España y el fervoroso catolicismo, alianza del trono y del altar, respeto y acatamiento para sus representantes: el Gobernador y el Cura, que a pesar de sus transformaciones impuestas por las ideas modernas, perdura aún en los descendientes de aquellos criollos ingenuos, como atavismo que, junto con la innegable fraternidad *tica*, puede servir de clave para explicar las aparentes contradicciones de nuestra política democrática.

Mayor fue todavía mi regocijo un día, y de esto hace varios años, en que bajando de la aldea de San Critóbal por la empinada sierra, cabalgando desde el amanecer por un sendero tallado en plena montaña, tapizado y perfumado con violetas silvestres, al doblar un recodo, se presentó a nuestros ojos, allá abajo, el dilatado valle del Guarco bajo la luz de un sol resplandeciente.

Y leamos estos otros de *En una silla de ruedas* de Carmen Lyra:

—Es triste vivir así, como un grano de maíz perdido o como los zopilotes, que pasan la noche en el primer palo que encuentran. Ya ve, yo era así, como me parece que es usted, un ser solo, pero un día entré en esta casa y si ahora me sacaran me matarían, porque aquí sembré el corazón que ha echado raíces hasta en la tinaja de la cocina.

Las golondrinas atravesaban el encanto de la tarde y volaban como ensueños sobre el agua dormida. Cuando el crepúsculo era dorado, ponía el agua de color de miel, y las golondrinas que mojaban la punta de sus alas, al remontarse, dejaban caer gotas áureas. Las ramas de los sauces cosquilleaban el agua que se estremecía. Los cipreces altos, oscuros y terminados en punta parecían las ruelas de donde salían los hilos que tejían el silencio maravilloso que envolvía este lugar.

Todo lo anterior es poéticamente cierto. Sentimos la emoción de lo nuestro en el conjunto, pero ¿qué quedaría después de aplicar el escalpelo gramatical? Este es uno de los mayores problemas que presenta el análisis de los estilos. El diminutivo y, en general, todas las formas son mudas sin



la entonación del hablante, fuera del texto o aisladas de su localización geográfica. En muchas latitudes hispanoparlantes se emplea la palabra *terruño*, pero ¿dónde, como en Costa Rica, con su pequeñez geográfica, puede sentirse la plena emotividad de este término?

Tomando en cuenta lo anterior, anotaremos únicamente aquellas frases o palabras que en nuestro lenguaje implican diversos matices de la afectividad.

Lo “tico” y su sentido

Es ya un lugar común que el rasgo más notable en nuestro hablar, tanto que en el extranjero y en Costa Rica se nos llama *ticos*, es el uso de una determinada forma de diminutivo. Juzgamos que en esto se ha exagerado, que la variante a que vamos a referirnos no justifica la designación —que nosotros mismos hemos empleado en este ensayo— y que el uso de dicha forma del diminutivo no es tan corriente como podría suponerse.

Se trata de que al emplear el diminutivo *ito*, cuando el tema radical termina en *t*, se reemplaza por *tico* como en *zapatico*, *gatico*, *canastica*, etc. Creemos que el matiz de la afectividad está ya en el empleo del sufijo *ito* y que no varía cuando se emplea el *tico*; afirmamos, además, que ese cambio va desapareciendo y cuando se emplea se hace más por descuido que por deseo de intensificar lo afectivo.

De mayor interés nos parece, aunque también su empleo en el habla familiar es cada vez menor, la duplicación del diminutivo en palabras como *pobrecitico* y *chirrisquitico*. Pero estas formas, como las de reduplicación del superlativo —como en *lindisísima* y *pobrisísimo*— obedecen a la tendencia enfática y exagerada que ya anotamos anteriormente en el habla vulgar.

De indudable carácter afectivo son, en cambio, frases muy corrientes en nuestra literatura, como las siguientes que tomamos de obras de García Monge:

Todos los veranos recogía del solar una cosechita de café.

Alguito me produce, siquiera para comer.

Y lo son también, en el lenguaje familiar, sobre todo en el campesino, voces como *leñita*, *tempranito*, *regularcito*, *viejito*, *ajito* y muchas otras similares.

Finalmente, tiene cierto interés estilístico el empleo —literario o familiar— de voces de sentido peyorativo cuando las desprendemos de las definiciones del diccionario y las relacionamos con la pobreza o, en general, con las condiciones propias del ambiente suburbano y campesino. Este es el caso de términos como *casucha*, *calleja*, *camilla*, *banquillo*, etc. No tienen estas voces sentido de desprecio, ni hay en ellas una determinada nota en la gama de lo emocional. Tienden más bien a representar o sugerir una relación familiar con la realidad que vemos, palpamos o simplemente intuimos. Una de las grandes diferencias entre nuestros dos clásicos, Aquileo y Magón, estriba precisamente en que el primero, al estilizar el ambiente del *concho*, se sirve de éstos y de parecidos términos, aplicándolos lingüística y convencionalmente al medio campesino, mientras que Magón, más directo y humano, se caracteriza por el empleo muy acertado de voces y frases de afectividad espontánea.

UNA FASE GLOBAL DEL PROBLEMA: EL PACTO DE CONCORDIA

No sería difícil seguir avanzando por el camino que hemos seguido y analizar varios otros aspectos de nuestro lenguaje. Sin embargo, lo consideramos innecesario puesto que contamos ya con todos los elementos de juicio que requiere nuestro propósito. Por esta razón cambiamos de método y vamos a concretar el análisis, como un paso final, en un documento histórico y auténticamente costarricense: el **Pacto de Concordia**, la primera Constitución Política de Costa Rica, promulgada en 1821.



Lo escogemos, además, porque este documento ha sido elogiado por nuestros escritores debido precisamente a su profundo carácter nacional.

“Pocos instrumentos jurídicos tiene el Derecho Público de América —dice el Lic. don Hernán Peralta— más claros y más precisos en cuanto a la captación de las corrientes políticas del medio que el Pacto de Concordia de Costa Rica”. Y el Dr. don Enrique Macaya comenta: “Es ese carácter de inspiración municipal lo que hace de nuestro Pacto de Concordia, un documento tan atractivo, tan genuino, íntimo y profundamente real. Al leerlo con el cariño natural que inspira y también dentro de la realidad histórica necesaria, sentimos la presencia de una época, con mayor exactitud que lo que podríamos comprenderla y sentirla leyendo la Constitución de 1825”.

Tomamos el preámbulo de este documento por corresponder a la aurora de nuestra vida independiente, pero en el campo de lo oficial podríamos haber tomado otro documento cualquiera: un mensaje o un veto de nuestros presidentes. En lo literario —campo muy distinto como lo veremos— habríamos analizado un trozo de cualquiera de nuestros escritores, siempre y cuando no pertenecieran a la última generación.

Dice el preámbulo:

En nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Autor y Supremo Legislador de la Sociedad.

La provincia de Costa Rica, libremente congregada y legítimamente representada por los legados reunidos en esta ciudad (Cartago) de todos los pueblos que la componen y suscriben. Teniendo en consideración que por haberse jurado la independencia absoluta del Gobierno español en ésta y las demás provincias del reino y aun en toda la América Septentrional sobre diversas bases y principios, se hallan libres los pueblos para constituirse en nueva forma de gobierno; y deseando esta provincia conservarse libre, unida, segura y tranquila por un pacto de unión y concordia, interin que informándose las otras pueda concurrir al establecimiento de un gobierno supremo constitucional, se constituye éste provisional. Al efecto, después de haber conferenciado dichos legados cuanto ha parecido conveniente, en uso de sus respectivos poderes y representación, han concluido y celebrado el tratado siguiente:

Este documento, que en su enmarañamiento sintáctico no se diferencia gran cosa de un fallo judicial de 1967, revela en primer lugar la aglomeración constructiva y los anacolutos de un lenguaje aún desorganizado e impuesto por la necesidad del momento.

En relación con este tipo de estilo tomamos del **Diccionario de Literatura Española** de la Revista de Occidente la siguiente apreciación:

“El anacoluto no puede ser relegado solamente a un capítulo de la higiene o de la terapéutica del lenguaje. Caracteriza épocas enteras de la lengua en las que no se han desarrollado todavía formas superiores de expresión literaria y se confunden parataxis e hipotaxis. El movimiento expresivo de la lengua hablada en todas las épocas produce constantemente estos desajustes sintácticos y de la lengua hablada pasan a los géneros literarios y a los escritores más dominados por los usos conversacionales”.

Y nosotros diríamos, además, que el fenómeno se observa igualmente en las fórmulas que por tradición se han convertido en institucionales, como es el caso del lenguaje que sigue usándose en los fallos de los tribunales de justicia.

La parataxis de este trozo y su variedad de formas verbales indican claramente la incapacidad de estructuración y al mismo tiempo la mentalidad popular, ingenua y provinciana de quienes lo concibieron y redactaron. Y la misma indicación de inseguridad se desprende de la repetición insistente de sustantivos, adverbios y verbos.

Inseguridad también y la modalidad tradicional que en Costa Rica llamamos *palanganeo* —eco sin duda de las palabras que pedían esperar a que se aclarasen los nublados del día— acusa el artículo 19 del Pacto, en cuanto dispone que la Junta Superior Gubernativa “residirá tres meses continuos al año en cada una de las cuatro poblaciones mayores de la provincia”.



Desde los términos calificativos del título, pacto “fundamental interino” —términos contradictorios en su esencia— el documento refleja como un espejo el espíritu costarricense. La provincia desea conservarse libre, unida, segura y tranquila; sabe que este propósito requiere un gobierno supremo constitucional, pero “interin que informándose las otras” constituye un gobierno provisional.

No se habla de la fundación o de la constitución del Estado, que nunca ha interesado a los costarricenses con excepción de los profesores de Derecho. La finalidad del pacto, su preocupación, lo que concretamente interesa a los ticos y es causa y efecto, alfa y omega de su politiquería, es el gobierno: “Costa Rica está en absoluta libertad y posesión exclusiva de sus derechos para” (obsérvese la significación y elocuencia de la frase) “constituirse en una nueva forma de gobierno”.

Pero es necesario referirnos especialmente a la extraordinaria circunstancia de afirmar, o de creer, los pactantes que los humanos y nobilísimos propósitos que los animaban en aquellos difíciles días de la Independencia, podían obtenerse y se obtendrían “por un pacto de unión y concordia”. En esto hay un tema trascendental.

Efectivamente: señalamos anteriormente el hecho curioso, pero explicable, de que mientras en nuestra literatura de creación y en el habla corriente predominan lo concreto, lo directo, la tierra y la vida con sus realidades inmediatas, en la literatura oficial —y en todos los escritos que tratan asuntos del Estado— predominan las ideas y las voces de carácter abstracto o indefinido. Esta es la razón del carácter retórico y de la ineffectividad de

los programas políticos y de los partidos que se apartan del personalismo tradicional, tratando de elevarse a planos ideológicos y doctrinarios de evidente abstracción. Los programas interesan cada vez menos y el pueblo se desentiende de las doctrinas para atenerse a lo concreto: al hombre. La libertad democrática, la facilidad para acudir a los periódicos con cualquier pretexto y la costumbre de separarnos de la realidad ante todo lo que tenga que ver con la abstracción del Estado, han creado en el país una superestructura lingüística, en cuyo ámbito de irrealidad se crean y se resuelven los grandes y los pequeños problemas de la nación. En este tipo de literatura política, lo concreto aparece únicamente en los casos en que se elimina la teoría y se pone en primer plano al hombre, es decir, al funcionario oficial.

CONCLUSIONES

Las conclusiones de un ensayo, género al que Ortega y Gasset llama la ciencia sin la prueba, presentan siempre el peligro de dos extremos o metas finales igualmente aventurados. De un lado, la síntesis, que obliga a una poda de detalles y matices en la que buena parte del material queda fuera. De otro, la interpretación, que conduce al defecto contrario: el de acumular un exceso de contenido en pocas palabras.

En nuestro caso se plantea otro problema no menos importante: ¿la síntesis, o la interpretación, debe comprender principalmente al hombre o debe situar en primer lugar el lenguaje? Quizá se resuelvan ambos problemas, considerando que carecen de sentido por igual el hombre sin el lenguaje y el lenguaje sin el hombre, y procediendo a formular una síntesis mediante la unidad de ambos elementos, unidad que ha sido base de la parte analítica de este ensayo. Por otra parte, solamente esta unidad nos proporcionará un campo de acción adecuado a la tarea propuesta en el título del ensayo: la caracterización estilística de un instrumento expresivo que tiene, de una parte, la rigidez lógica y gramatical de la lengua, y, de otra, la libertad casi anárquica del hablante.

El costarricense, que no ha alcanzado aún el siglo y medio de vida nacional organizada, posee un lenguaje que revela nítidamente sus características históricas y psicológicas y que ha sido adaptado por los hablantes a sus condiciones de vida materiales y espirituales.



En el campo de lo psicológico, tanto en lo individual como en lo colectivo, observamos un choque o bien una oposición entre el imperio de la tierra y el de la tradición, estáticos y conservadores, y el impulso de juventud del costarricense. Juventud —debe entenderse— en lo vivido como experiencia histórica, en su falta de madurez vital e intelectual y en su proceder empírico.

Este choque se manifiesta por una contradicción: de una parte, la certeza o seguridad en el conocimiento de la experiencia sensorial; de otra, el temor o desconfianza frente al conocimiento especulativo y a su expresión. Se busca la voz concreta y el orden lineal y lógico de la frase, pero el estilo expresionista de la gran mayoría de los escritores se atenúa con notas indeterminadas, como la anteposición de los adjetivos, rasgo poco menos que unánime en nuestra literatura.

La escasa población, la ausencia de intensas luchas civiles y la vida patriarcal y fraterna durante el período que estudiamos, fomentaron un primitivismo afectivo, más formal que de fondo, que se muestra en el conjunto de muchas obras literarias lo mismo que en el habla familiar, en la anarquía de formas que complica el uso de los diminutivos.

En la vida social y política, la nota que se destaca en primer plano es el individualismo egocentrista. El tico mantiene una actitud escéptica y a veces irónica ante el Estado, como ante todas las ideas abstractas, y comprende mejor lo vital y humano que lo teórico sociológico. Tanto que, en serio o en broma, ha creado el absurdo del “Estado paternalista”. Para él, el concepto de nación es, sencillamente, la suma de individuos. Todos los grandes políticos costarricenses anteriores a 1940 eran individualistas y liberales y todos sentían el romance de Lope de Vega que tanto se complacía en citar D. Ricardo Jiménez:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

En el campo de lo estético, y descartando desde luego las excepciones, el influjo del agro le da al costarricense una visión de la realidad que

se exterioriza por el predominio del sentido práctico e intelectual sobre la visión intuitiva. Esto determina a su vez un predominio de lo espacial sobre lo temporal y de la modalidad clásica sobre la romántica.

Si bien la lengua, por su carácter simbólico, y la poesía sólo tienen una realidad mediata puesto que pertenecen al reino de la fantasía, en las letras costarricenses esa realidad parece inmediata debido a la relación del hombre con la tierra. Sin embargo, en la misma forma que nuestro campesino, el escritor no se identifica ni vibra intensamente con la naturaleza, que es para él un medio exterior, como una atmósfera que respira sin darse cuenta de ella. Por estas razones la relación de que hablamos nunca constituye una vivencia y literariamente se muestra con carácter descriptivo.

Por esta razón también existe en el costarricense una incapacidad para la poesía lírica, no porque sienta con menos profundidad que en otros pueblos, sino porque la cosmovisión visualista y espacial lo lleva a crear imágenes estáticas, que estorban la capacidad de la imaginación para sutilizar, transformar y dar movilidad a esas imágenes.

En última síntesis, el lenguaje costarricense —diferenciándolo como es natural de lo que corresponde en términos generales a la lengua española— se caracteriza:

por un desarrollo incipiente aún, como corresponde a una sociedad poco madura y a una concepción del mundo que no ha forjado todavía una voluntad de forma;

por su tendencia a la claridad y a la objetividad;

por manifestarse literariamente como *ergon* antes que como *energeia*;

por el predominio de la creación racional sobre la intuitiva y emotiva;



por revelar pobreza de fantasía y reflejar un mundo comprensible y limitado, casi geoméricamente, en su extensión y en sus problemas;

por presentar al analista, y desde luego al creador literario, un cuerpo denso, herencia de sus orígenes formativos y de la tradición, sobre el cual va operando lentamente, hacia una transformación que es cada día más palpable, la acción de una minoría influida por las corrientes externas y por los imperativos de la cultura.

Este ensayo que aquí cerramos no ha intentado agotar el análisis, ni habría podido hacerlo por su escasa extensión y por su carácter de simple introducción. Ha sido —insistimos en ello— un trabajo inicial que se propuso dos objetivos, como lo indicamos en la introducción. El primero, contribuir en el campo fundamental de la lengua —“sangre del espíritu”—, al mejor conocimiento y comprensión del ser costarricense. El segundo, abrir las rutas a investigaciones de mayor profundidad y más concretas sobre las obras de nuestros principales escritores.

1. HATZFELD, Helmut. *Bibliografía crítica de la nueva estilística*. Ed. Gredos. Madrid. 1955.
2. Trabajos de autores costarricenses solamente conocemos el de Roberto Brenes Mesén, *El ritmo de la prosa española*, en la revista *Hispania*. XXI. 1938; el del profesor Arturo Agüero, estudio epilógico del libro *Cifra antológica de Fabio Baudrit González*. Editorial Universitaria. San José. 1956; y algunos estudios de alumnos de la Escuela de Ciencias y Letras.
3. SPITZER, Leo. *Lingüística e historia literaria*. Ed. Gredos. Madrid. 1955. Pág. 23.
4. Innecesario es decir que en los ejemplos de que nos servimos en este ensayo trataremos de considerar en su categoría literaria el habla del pueblo, siempre que sea posible, y que ignoraremos el afán de prostituir esa habla, como lo hacen determinados escritores contemporáneos, en nombre de un falso realismo.
5. ROBERTS, Murat H. *The science of idioms: A method of inquiry into the cognitive desing of language*. Publications of the Modern Language Association of America. LIX. 1944.
6. LAGDEN, Henrique. *Do genio da lingua portuguesa*. Niteroi. 1940.
7. MERRYMAN, Montgomery. *A portrait of the language of Brasil*. Río de Janeiro. 1945.
8. BACHELARD, Gastón. *L' eau et les reves. Essai sur l' imagination de la matiere*. París. 1942. *La terre et les reveries du repos*. París. 1948. *La terre et les reveries de la volonté*. París. 1948. *El aire y los sueños*. Fondo de Cultura Económica. Méjico. 1958.
9. Estas características, en menor escala y con variantes, se aprecian igualmente en el habla familiar y corriente.
10. Nos referimos a los términos *acabamiento e infinitud* con que Fritz Stritch designa los conceptos de clásico y romántico al interpretar el estudio de Woelfflin sobre el arte.
11. Por tratarse de un análisis del lenguaje tradicional costarricense, preferimos a los escritores ya desaparecidos y más representativos de ese lenguaje, sin eliminar por ello a los contemporáneos, cuya expresión es ya muy distinta, debido a las influencias y relaciones culturales con países y lenguas extranjeros.
12. BALLY, Charles. *Traité de stylistique française*. Geneve. 1951.
13. Muchas de estas observaciones están ampliamente explicadas en la obra de Arturo Agüero Chaves *El español en Costa Rica*. Editorial Universitaria. San José. 1960.
14. Ver SAUSSURE, Ferdinand de. *Curso de Lingüística General*. Ed. Losada. 1959.
15. Consúltese URBAN, Wilbur M. *Lenguaje y realidad*. Méjico. 1952.